

Palabras en la presentación del Libro **Sol y Sombra. Quijote torero**, del doctor José Cueli, en el Foro Castalia del Seminario de Cultura Mexicana, Ciudad de México, el 23 de abril de 2022

1.- Hoy al fin nos toca <tomar la alternativa> y hablar de toros...

De esta manera intentaré ocultar mi condición de “villamelón” y “con pocos pasos, hacer muchos pases”.

“Humanidad”.- No consideramos a los animales como seres morales. Pero, ¿en verdad creen que los animales nos tienen a nosotros por seres morales? - Un animal que sabía hablar dijo: “La humanidad es un prejuicio que, afortunadamente, nosotros los animales no padecemos”
Nietzsche: Aurora, 333

A lo largo de sus obras, Nietzsche se refiere al ser humano como animal, pero establece una diferencia entre el animal humano y los demás animales basada en la cultura.¹ Ya desde *El nacimiento de la tragedia*, distingue dos principios fundamentales, como condiciones de posibilidad para hacer una lectura de la realidad: lo apolíneo en tanto representante de la serenidad y la medida, y lo dionisiaco, relativo al ímpetu, al arrebató y la fuerza vital.

Nietzsche² lo pone muy claro al comienzo de su libro *El nacimiento de la tragedia* para describir el arte griego: el mundo de Apolo relativo al sueño y la ensoñación; y el mundo de Dioniso relacionado con la embriaguez en su expresión más amplia.

1 El título de Freud *El malestar en la cultura* se tradujo al francés como el *Malestar en la civilización*. Cultura del supino *cultum* del verbo *colere* en latín, que guarda tres sentidos: habitar, cultivar y venerar. *Heim* en alemán conserva la noción de crecimiento, fecundidad y el culto, la veneración. Para el siglo XVI cultivar en francés se refería a cultivar tanto la tierra como el espíritu. Para el siglo XVIII, Kant con la expresión *Kultur* se refiere a la civilización en su parte intelectual, no de costumbres. Compite con la de civilización que conlleva un valor jerárquico superior. Hasta el siglo XIX *Kultur* de origen alemán kantiano mantiene este sentido. En el siglo XX bajo la influencia inglesa se convierte en el conjunto de formas de comportamiento adquiridas en sociedad. Civilización adquiere un valor jerárquico superior ante cultura y aparece, tardíamente la oposición naturaleza/ cultura.

2 Nietzsche, F. El nacimiento de la tragedia, en: *Obras Completas Vol I: Escritos de juventud*, Madrid, Ed Tecnos, 2017, p. 329

Apolo, el dios de la luz, de las musas y las artes plásticas y la civilización, la medicina, la ciencia jurídica. Equilibrio y medida. Representación de imágenes organizadas, como la escultura, la pintura, la arquitectura y la poesía épica. Lo dionisiaco, en tanto era lo relativo a la embriaguez, el vino y la sexualidad; Lo más característico era lo que se refiere a las fiestas báquicas mediante la disolución de la conciencia de individuación: La música, el mimo, la danza y la poesía lírica. Y no son dos polos opuestos, contrapuestos, son complementarios e interdependientes, producidos por una y única misma fuerza, para crear o destruir. En lengua freudiana pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Nietzsche no piensa la memoria ni el olvido como capacidades de la mente kantiana ni como potencias de sustancias aristotélicas sino en tanto fuerzas primordiales de la vida. *Mnemosine* y *Alethé* en lengua filosófica.

En la obra de Nietzsche se establece una distinción; entre lo relativo al olvido que pertenece al animal, la memoria a lo humano, en tanto que la promesa la relaciona con el (*Übermensch*) ultrahombre. Esta dimensión espacial de “über” está ausente en el prefijo castellano “super” y resulta clave en la comprensión de la elevación requerida por Nietzsche para ir más allá de lo humano y sobrepasarlo. En segundo lugar, *Surhumain* en francés remite a sobre- humano, *sur* tiene un sentido a lo relativo a algo en posición extraordinaria. El término inglés “human” carece de especificación de género y es más afín al uso del alemán “Mensch” que al del castellano “hombre”. Este último que es utilizado como sinónimo de “ser humano”, retiene, sin embargo, su connotación de género masculino. A diferencia de “superhombre”, el término “sobrehumano” evita el sesgo de género en la caracterización del ser humano en general sin un rol central en la totalidad de la vida, sino que es sólo una parte pequeña e insignificante de la misma. Preferimos para *Übermensch*: “ultrahombre”, tal y como le gusta a Vattimo y a mi amigo Mauricio.

Nietzsche redescubre una continuidad entre lo animal y la comprensión de la vida humana, que no pueden ser separados en distintos estadios evolutivos. En el prólogo de Zaratustra dice: “El humano es una cuerda tendida entre el animal y el ultrahombre”. Esta manera de concebir la vida por parte de Nietzsche rompe con la tradición occidental, ya no es un *continuum* que considera al ser humano como la cumbre de la evolución. En este sentido, su concepción de la vida es comparable con la de Darwin. La perspectiva de esta continuidad postula que la vida humana no se juega

en una dimensión espacial, a un estar “por encima de” o “sobre” alguien o algo.

Nietzsche incluso especula sobre la posibilidad de que sea la naturaleza quien utilice la vida humana como un medio para consumarse y no a la inversa³.

Una interesante e inacabada discusión moral es aquella que juzga como cruel lo que la Tauromaquia hace en una fiesta, mientras que lo que sucede cotidianamente de manera disimulada en los tajos de los rastros de cualquier ciudad es visto con indiferencia y tolerancia.⁴

En la *Ética* Baruch Spinoza⁵ afirma: “...por lo cual resulta claro que aquella ley de no matar a los animales está fundada más bien en una vana superstición y misericordia, que en la sana razón”.

3 Nietzsche, F pag 69, *Obras Completas Vol III*, Madrid, Ed Tecnos 2017

4 “Adaptar las ideas de Virilio al presente de la Tauromaquia resulta un ejercicio interesante, ya que los procesos de urbanización nos alejan del conocimiento de la naturaleza, porque no podemos condenar la muerte de un toro por el hecho de no encontrar a dicho animal en nuestro entorno actual. El individuo actual vive en un periodo de hipervelocidad, quedando vulnerable al mundo, e incluso olvidándose del mismo. Con la historia pasa lo mismo, ya que vivimos en una época que tiene un tremendo afán por el progreso y el futuro, que rara vez nos permite pensar en el pasado, así como en la herencia que se tiene de él. La Tauromaquia debe tener un sitio privilegiado en la mexicanidad, en las actitudes que nos acercan a la vida y a la lucha por la misma, porque nació a la par que la identidad del mexicano. Los valores que transmite perduran en el campo, en la habitación de hotel donde un hombre se viste de luces, en el humo de un puro, en un pañuelo blanco al viento. La nueva visión hacia un mundo tecnologizado, automatizado y con soluciones en la palma de nuestra mano, nos deja desprovistos de la comprensión del mundo, de sus contrastes y de sus luchas, de nuestro lugar en el mundo, el cual está muy lejos del sofá donde intentamos interpretar la realidad que tras la puerta nos espera. Son aquellos los valores que inculca la Tauromaquia, valores de comprensión del mundo físico, por lo que, mientras el mundo sea mundo, el arte, la entrega, la lucha por el control de la naturaleza y la Tauromaquia continuarán vigentes”.

Dice Paul Virilio: “La pérdida de sensaciones de viaje de antaño se compensa con la proyección de una película. El viajero sigue yendo al mundo por la mirada, pero el motor cinemático renueva para él un paisaje que desaparece” Paul Virilio: *El arte del motor*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 1993, p. 95.

Citado por Axel Isauro González Tenorio. 2º Lugar “La Tauromaquia en los tiempos de la Hipervelocidad” <https://issuu.com/por-que-es-vigente-la-tauromaquia>

5 Spinoza, B. *Ética demostrada según el orden geométrico* Madrid, Editora Nacional, 1975, párrafo 93

2.- El rapto de Europa

Poiesis (ποίησις) es un término griego que significa «creación» o «producción», derivado de ποιέω *poieō*, «hacer» o «crear». Platón define en *El Banquete* el término poiesis como «la causa que convierte cualquier cosa que consideremos de no-ser a ser».

Zeus enamorado de la hermosa Europa hija de Agenor, se convirtió en un toro blanco, mezclándose con las reses que tenía el padre de la muchacha. Mientras, ella, Europa y su séquito recogían flores cerca de la playa, vio al toro. Cautivada por la belleza del animal acarició sus costados, sintiendo su mansedumbre lo montó. Zeus convertido en toro aprovechó la oportunidad: corrió hacia el mar y nadó hasta la isla de Creta llevando a Europa en el lomo. Ya en Creta, Zeus reveló su auténtica identidad, convirtiéndola en la primera reina de la isla.

Las fuentes difieren en los detalles acerca de su familia pero coinciden en que es fenicia, de un linaje que descendía de Ío, la mítica doncella de Argos, sacerdotiza de la diosa Hera (esposa de Zeus) y además, también amada por Zeus y que fue transformada en una ternera para protegerla de los celos de su esposa Hera. Según esta filiación, Europa tenía dos hermanos: Cadmo, quien llevó el alfabeto al continente griego, fundó Tebas y Cílix, quien dio nombre a la región de Cilicia; actualmente Armenia. Tras llegar a Creta, Europa tuvo tres hijos engendrados por Zeus: Minos que se casará con Pasifae, Radamantis y Sarpedón. Asterión quien era rey de Creta, también se enamoró de Europa, se casaron y adoptó a sus hijos.

3.- El Minotauro

“El adjetivo de proteico cuadra bien a *Las bodas de Cadmo y Harmonía*”⁶, dice Roberto Calasso: «ése es, el modo del conocimiento mítico: la metamorfosis Un modo que se opone a otros para nosotros, por ejemplo, el conocimiento es A igual a B pero en el mito no es así, A se transforma en B».

Existen varias versiones acerca de la afrenta que ocasionó que Pasifae, esposa de Minos, tuviera el impulso para unirse al Toro de Creta sintiendo por él una pasión insensata que concluyó con su embarazo. La versión más conocida cuenta que Minos, hijo de Zeus y Europa, pidió apoyo al dios

6 Calasso, R.: *Las bodas de Cadmo y Harmonia*, Barcelona, Anagrama, 1994

Poseidón para que su gente lo aclamara como un temprano rey, ya que su padre Asterión⁷ era el antiguo rey ya difunto de Creta. Poseidón lo escuchó e hizo salir de los mares un hermoso toro blanco, al cual Mínos prometió sacrificar en su nombre. Sin embargo, al quedar Mínos maravillado por las cualidades del hermoso toro blanco, lo ocultó entre su rebaño y sacrificó otro toro en su lugar esperando que el dios del océano no se diera cuenta del cambio. Al enterarse Poseidón, se llenó de ira, y como venganza, inspiró en Pasífae; la esposa de Mínos, un incontenible deseo por el hermoso toro blanco que Mínos había guardado para sí.

Continúa Calasso:

“ Las historias jamás viven solitarias: son ramas de una familia que hay que recorrer hacia adelante y hacia atrás. En la embriaguez de la travesía marina a lomos del toro blanco, Europa oculta en sí, como poderes todavía inadvertidos, los destinos de us nietas locas de amor, Fedra y Ariadna, ahorcadas por vergüenza y desesperación. Y entre las raíces celestiales de este árbol de historias encontramos el vagabundeo de la ternera loca, su antepasada Io, que a su vez encierra en sí la imagen de otra ternera loca, madre de Fedra y de Ariadna: Pasífae, también ella ahorcada por vergüenza. Con el paso de las generaciones, la metamorfosis se hace más difícil, y se muestra el carácter fatal de la realidad: lo irreversible”⁸.

Para consumir su unión con el toro deseado, Pasífae pidió ayuda al arquitecto y escultor Dédalo, quien construyó una vaca de madera recubierta con una piel auténtica, donde Pasífae pudiera meterse. El toro yació con ella, creyendo que era una vaca de verdad y de esta unión es que nació un híbrido, ni bestia ni hombre: el Minotauro. Fue en la ciudad de Cnosos, que el mismo Dédalo fue encargado de diseñar un laberinto con el propósito que el minotauro no pudiera salir de él, cuenta la historia que se le ofrecían siete hombres y siete mujeres cada nueve años, para que se alimentara.

7 Cfr. La Casa de Asterión, en *El Aleph*, de Jorge Luis Borges, Ed: “¿Lo crearás Ariadna? -dijo Tesco- El minotauro apenas se defendió”. Knopf Doubleday Publishing Group, 2012

8 *Ibidem*, pag 18

4.- Teseo

Para Michel Leiris (1901-1990) la tauromaquia era “un arte trágico en el que el levantamiento de fuerzas dionisiacas tuerce y vuelve izquierda la armonía apolínea”.

Teseo, aquél que se levanta y se va. Llevaba los cabellos cortos por delante para no ser agarrado, sus cabellos atrás llevaban una bonita trenza. Los obreros que trabajaban en el templo de Apolo Delfino, se rieron de él. Teseo, entonces se acercó a un carro uncido por un toro, tomando la bestia la lanzó por los aires: ¡El toro había entrado en la vida de Teseo!

Dice Calasso⁹:

“¡Cuántos otros toros llegaría a ver! El minotauro de Creta, el toro de Maratón. El toro surgido del mar que daría muerte a su hijo Hipólito. Y en muchas otras ocasiones más oscuras tendría que ver con un toro. Su relación se volvió tan estrecha que puso una cabeza de toro en las monedas de su ciudad sagrada, Atenas, la diosa protectora de la cabeza de Zeus, como el mismo quiso llamarla.”

Existe un rasgo de crueldad en Teseo, esa indefectible insolencia que anuncia a Alcibiades. Teseo no abandonará a Ariadna por algún motivo, ni por otra mujer, sino porque Ariadna escapa de su memoria. Ahora piensa en otra cosa. El paisaje donde Ariadna permanece, se vuelve el paisaje del amor abandonado. Es cruel porque la abandona en la isla de Naxos, recordemos la Opera con música de Richard Strauss y libreto de Hugo von Hofmannsthal.

“No es la casa donde ha nacido, es una playa batida por olas ensordecedoras, el lugar abstracto donde sólo acuden las algas. Es la isla que nadie habita, el lugar de la obsesión circular, del que no hay salida. Todo ostenta la muerte. Es un lugar del alma.”¹⁰

Hacia 1888 Nietzsche, como Ariadna, yace como un animal marino que toma el sol entre los peñascos: “Gobernando hacia el poniente esperábamos alcanzar las Indias pero su destino fue naufragar en la inmensidad”¹¹, o como bien dice mi amiga Virginia: “Hasta el rabo, todo es toro”.

Salvador Rocha Pineda

9 Ibidem pag 22

10 Ibidem pag 23.

11 Nietzsche, F. Aurora, prf 575, Obras Completas Vol III Ed Tecnos 2017 Madrid

Palabras en la presentación del Libro **Sol y Sombra. Quijote torero**, del doctor José Cueli, en el Foro Castalia del Seminario de Cultura Mexicana, Ciudad de México, el 23 de abril de 2022

Antes que nada, deseo agradecer la invitación de mi maestro, colega y amigo, el doctor José Cueli, para presentar y comentar el más reciente de los libros salidos de su muy prolífica pluma: **Sol y Sombra. Quijote torero**, texto cuidado y llevado a la imprenta por la editorial de La Jornada en la ciudad de México. Se trata de un texto en el que se nos ofrece una suerte de apretada síntesis de las pasiones más caras al espíritu de su autor: el psicoanálisis, el Quijote -“constituido como mito del mundo hispánico”- y los toros. Sin embargo, este libro no se circunscribe a lo anterior, pues la obra está construida a la manera de un mosaico multiforme en el que, si bien es cierto que Cueli se apoya en sus autores favoritos, desde Freud y Derrida hasta Michel Leiris, Georges Bataille, Octavio Paz y María Zambrano, también incursiona en los mundos que nos dejaron autores tan importantes como Malcolm Lowry quien en **Bajo el volcán** y en una ruta paralela a la de Santiago Ramírez -analista de Pepe Cueli, por cierto- nos ofrece su particular acercamiento a la psicología del mexicano y la seducción que ejercen sobre él las fuerzas oscuras, la lucha del bien contra el mal; así como la relación existente entre sus preferencias por el toreo lento y el problema depresivo crónico que padece el mexicano. De la misma suerte, nos recuerda el interesante episodio sufrido por Norman Mailer y su fulminante enamoramiento por las corridas de toros. Es interesante que la explicación que el propio Mailer nos dio de dicho proceso es que “las corridas de toros hacen que destilemos nuestra crueldad por los poros, hace con ellos un elixir de crueldad”. Similarmente, Cueli se acerca a los escritos de José Bergamín y Federico García Lorca, pero también a la obra de Rafael Alberti, Cernuda y Juan Ramón Jiménez, para afinar las raíces andaluzas y gitanas del fenómeno taurino, así como en la aportaciones de Miguel de Unamuno y la poesía del gran Antonio Machado; repaso que culminaría con el mexicano Carlos Fuentes y las brillantes palabras que dedica al arte del capote y la muleta, pensamientos que culminan con una gran compenetración sobre el significado de la fiesta brava cuando nos dice que “Mexicanos y españoles tenemos el privilegio, pero también la carga de entender que la muerte es la vida. O sea: todo es vida incluyendo a la muerte, que es parte esencial de la vida”.

También están tratadas en el texto las aportaciones al entendimiento del mundo español plasmadas magistralmente en las obras de Diego Velázquez y de Francisco de Goya, incluyendo obviamente las obras precursoras de este último que podemos admirar al estudiar sus grabados sobre las corridas de toros, temas que pudieron ser seguidos de aquellas otras inmortalizadas por el genial malagueño Pablo Picasso. La pasión de Cueli llega al extremo de ofrecernos una interesante selección de la obra de Francisco Tomás y Estruch sobre la joyería de aquellos tiempos en los que el toreo se iniciaba, los perfumes que se usaban así como el resto de la parafernalia que solía usarse. Todo ello como herencia del mundo árabe en el que está entremezclado lo andaluz sumado a todas las incógnitas que residen en la gitanería sevillana y cordobesa.

José Cueli, psicoanalista, enamorado de la fiesta brava y lector incansable del Quijote cervantino es, antes que nada, un ferviente seguidor de Freud desde sus juveniles andanzas en torno de los aspectos del Quijote que tienen que ver con la formación de los delirios -por lo que también acudió a **La tentación de San Antonio** de G. Flaubert. Fue el fundador, junto con su amigo Silverstein, de la Academia Española -que tuvo dos socios: el propio Freud y su amigo. Pero Cueli es también un dedicado estudioso del fenómeno inconsciente y la metapsicología, así como de las propuestas freudianas en torno de un aparato psíquico anclado en la memoria y la estratificación de sus registros, así como de sus múltiples y constantes resignificaciones, por lo que nos lleva de la mano a revisar obras como el **Proyecto de una psicología para neurólogos**, la carta 52 de la correspondencia con Fliess, la obra fundamental de **La interpretación de los sueños** y sus apoyaturas en la lectura de los comentarios de Jacques Derrida desde su **Gramatología** hasta sus estudios sobre la archiescritura.

No deja de ser interesante que Cueli enfatizara especialmente la obra de Cervantes, escrito donde tenemos varios ejemplos paradigmáticos de lo que constituye el fenómeno inconsciente. En su obra máxima, el autor del Quijote recurre a tres ejemplos centrales en su develación del mundo incógnito de la mente humana: el delirio, el sueño y la fantasía. Por una parte, en la demostración de que los delirios, como aquellos en los que los molinos de viento eran convertidos en gigantes, los rebaños de carneros en ejércitos trabados en singular batalla, o cuando toma un humilde figón como si fuese un castillo encantado y a las furcias como encopetadas señoras de la nobleza, dichos delirios repetimos, son la plasmación de una serie de deseos que habitan en la mente de Cervantes -y puestos en su memorable

personaje- sobre sus anhelos por un mundo mejor, por una sociedad más justa y con mayor sensibilidad para entender y remediar el sufrimiento de los que menos tienen, incluso de los galeotes. De la misma forma, Cervantes recurre al fenómeno del sueño, como quedó plasmado en el famoso episodio de la Cueva de Montesinos, para demostrarnos cómo el fenómeno onírico es una realización alucinatoria de nuestros más caros y profundos deseos que se albergan en el inconsciente y pugnan por encontrar su realización. Finalmente, el autor del Quijote recurre, en su demostración, al mundo de la fantasía, como ocurre por ejemplo en el episodio de Clavileño de la Segunda Parte de su obra cumbre, y así demostrarnos que la fantasía, el ensueño diurno, está dinamizada por los mismos mecanismos que operan en el fenómeno onírico: la realización de deseos insatisfechos -en este caso concreto, se trata de un engaño de la Condesa Trifaldi quien les asegura a Don Quijote y Sancho Panza que, gracias a este expeditivo mecanismo, podrán liberarlas de un encantamiento que provoca que a ella misma y otras doncellas les crezcan barbas. El encantador Malabruno les envía la máquina para que realicen tan reparador viaje; de la misma forma, gracias a la fantasía podemos realizar nuestros deseos a voluntad... para luego regresar a la realidad.

Obviamente el capítulo de **Sol y sombra** al que más dedicación y estudio le concedió José Cueli, es el que nos ofrece una síntesis magistral de la vida de Cervantes y sus múltiples vicisitudes, desde su condena a perder una mano a manos de la justicia española hasta el cumplimiento fatal de dicho destino en la batalla de Lepanto. Desde sus afanes por regresar a su querida España hasta su lastimoso cautiverio en Argel (junto con otros 18 o 20 mil cristianos cautivos) y, finalmente y luego de cinco años, su tan esperada liberación gracias a los padres trinitarios, lo que le hará exclamar en su ulterior Quijote: “No hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale a la de alcanzar la libertad perdida”. También somos testigos de sus fracasados intentos para entrar en la burocracia gubernamental, cuyo mal desempeño llegó a valerle alguna temporada en prisión, hasta el descubrimiento muy tardío de su verdadera vocación de escritor, cuando da a la imprenta su obra pastoril titulada **La Galatea** -de la que por cierto nunca pudo llevar a cabo su continuación y cabal culminación. Más adelante se inicia como dramaturgo, pero en la vida se le atraviesa la inigualable figura de Lope de Vega, con quien era imposible competir, por lo que decidirá ya cumplidos los cincuenta años y gracias a sus meditaciones mientras era huésped de una cárcel de Sevilla, dedicarse a la novela. Pero como bien

nos recuerda el autor, ante la adversidad, “Cervantes halló un remedio incomparable: la ironía fiadora que en vez de burlarse de las cosas las salva o justifica, y en vez de violentarlas, las transfigura.” De esta suerte, pudo dar a la estampa su inmortal Quijote, un éxito desde el primer día, que tuvo que ser re-editado en numerosas ocasiones en el mismo año en que apareció. Más adelante publicaría sus **Novelas ejemplares**, donde entre otras cosas nos deleitará con el maravilloso coloquio que se dio entre Cipión y Berganza. Finalmente y apremiado por la aparición de una segunda parte apócrifa del Quijote -el llamado Quijote de Avellaneda- se dio prisa por dar a la imprenta la segunda parte de su obra inmortal.

La lectura del Quijote cervantino nos permite adentrarnos en un delirio que llega a confundirse con la existencia propia. Se trata de un libro del que se ha dicho con frecuencia que hace reír a los niños, meditar a los adultos y que hace llorar a los viejos. Lo cierto es que su lectura imprime una huella indeleble en el psiquismo de quien se ha adentrado en sus páginas, al tiempo que le provoca un cierto desasosiego al hacernos ver, sin remedio, sobre qué clase de mundo vivimos y la distancia existente entre el funcionamiento de nuestras sociedades y lo que podría ser... si la naturaleza humana no fuera lo que en realidad es. El dilema es insoluble y sólo nos rescatamos gracias a ese elemento del que rebosa el Quijote a manos llenas: el humor, la ironía, el delirio, los sueños y las fantasías.

Esta lucha quijotesca por un mundo mejor, por la defensa de los desheredados de la sociedad, por los desarrapados, tiene su correlato en la propia actividad profesional de José Cueli y sus investigaciones en torno de lo que en su momento llamaron Psicocomunidad. Fruto de aquellos afanes surgió una obra ya clásica -**Neza y anexas**- que versa sobre sus hallazgos en los estratos sociales estudiados en lo que se ha dado en llamar Ciudad Nezahualcóyotl. Una pequeña muestra de aquella obra se reproduce en el presente libro, como una forma de mostrarnos esa prosa libérrima, sin puntuación ni reglas sobre el espacio, la frase y el párrafo, cercana a ciertas partes al **Ulises** de Joyce, pero que nos introduce, entre otras cosas, en esa dinámica mortal del problema del alcoholismo que, en realidad, es una forma disfrazada de suicidio. El mexicano como un ser melancólico -como apunta Santiago Ramírez pero sobre todo Roger Bartra- aún no se ha recuperado de su condición de paria al que la conquista le redujo.

Valiéndose de los claros ejemplos plasmados a lo largo del Quijote, Cueli nos ayuda a entender la casi inexistente distancia que hay entre la locura y la sanidad, incluso entre el delirio y la santidad; nos muestra cómo aquellos

mecanismos de la mente conocidos como Proceso Primario y Proceso Secundario, aparentemente tan definitorios de la salud mental y la psicosis, en realidad son eventos psíquicos muy cercanos, con lo que entendemos que la locura no es tan lejana de la normalidad y que las personas cuerdas albergan también núcleos de locura en sus mentes. No era posible adentrarse en el mundo de la locura sin mencionar a Michel Leiris y a Michel Foucault y sus aportes al tema, lo que nos permite ciertos atisbos complementarios en torno de las ilusiones humanas. Por eso nuestro autor, como Goya, Erasmo y muchos otros en sus respectivos tiempos, se engarza con la exploración de las razones de la sinrazón, en la búsqueda de las verdades contenidas en los estratos más profundos de la locura. De la misma forma, y con plena coincidencia con las ideas de ese autor maldito llamado George Bataille quien aseguraba que el placer y el dolor van siempre unidos, José Cueli nos ayuda a entender que la vida y la muerte son parte de un *continuum* y que la segunda es parte indisoluble de la primera, y que en nuestro psiquismo están en lucha constante las fuerzas que tienden hacia la vida y las que tienden hacia la muerte. De ahí la cercanía de la sexualidad y todo lo que tiene que ver con lo erótico con el fenómeno siniestro de la muerte.

Pero Pepe Cueli ama en el Quijote lo que éste tiene de torero y, según su muy personal lectura, el personaje de Cervantes es el verdadero promotor del arte taurino gracias al famoso episodio de los toros que aparece en la novela. De ahí la necesidad de Pepe Cueli de recordarnos la obra capital de José María Cossío: **La historia del toreo**, sobre ese diálogo entre el hombre y la naturaleza, así como su trasfondo de celebración religiosa -que se remonta hasta el Mitraísmo persa-, para ofrecernos su bien documentada relatoría, desde los tiempos de Juan Belmonte, Amado Ramírez *El loco*, José de Jesús *El Glison*, y Rodolfo Rodríguez *El pana*, hasta las figuras de nuestra actualidad que tan desangelado han dejado a un conocedor de la fiesta brava como José Cueli.

Es claro que no corresponde a un villamelón como soy yo tratar de penetrar en lo mucho que Pepe Cueli sabe de toros y toreros. Basta, como muestra, una selección de artículos que a lo largo de los años ha publicado en su conocida columna, y que se incluyen en las páginas de **Sol y sombra**. Pero luego de que pasa revista a una serie de figuras señeras del toreo tanto español como mexicano, luego de hacer un homenaje-apología del toreo inmóvil de *Manolete*, nos sugiere que esa forma suicida de torear satisface los anhelos de muerte del público que desearía estar en el lugar del torero y ser cogidos de muerte por el toro. Cueli lo dice de manera contundente: “El

torero, ¿y también el toro?, mueren por nosotros quienes no sabemos qué hacer con una vida que no llega a ser arrebatadora”. ¿Se trata realmente de una avidez por la muerte propia al no saber qué hacer con la vida lo que se juega en este rito sacrificial? ¿Explica esto la fascinación de la fiesta brava desde los remotos tiempos de Cervantes y Lope de Vega, de Tirso de Molina y Juan Ruiz de Alarcón, de Góngora y Quevedo, de Calderón y Fernández de Moratín? Para el autor, el toreo clásico y de gran calado, lo marcaron tanto Juan Belmonte y *Manolete*, como Silverio Pérez, Luis Procuna, Lorenzo Garza y su bien ganado mote de *El ave de las tempestades*, Miguel Espinosa *Armillita* y Carlos Arruza, seguidos por Rodolfo Gaona, Fermín Espinosa *Armillita chico* y muchos otros (Juan Silveti, Manuel Capetillo, Jesús Solórzano *El Calesero*, Manuel Benítez *El Cordobés*, Enrique Ponce, Rafael de Paula) para culminar con Manolo Martínez.

Pepe Cueli enlaza hábilmente el ambiente de la tauromaquia con el singular mundo del *cante jondo* andaluz, herencia de un Islam eternizado en la península ibérica, dolor hecho canción, desesperación y grito, transportado luego al mundo cristiano en el desgarramiento del duelo de los duelos en las *saetas* de la Semana Santa sevillana, cantos en los que, en su seno y entretelas, siguen palpitando los viejos ecos moriscos y aún judíos. Al final del libro, empero, como que se trasmina una cierta desilusión en el autor en lo referente tanto a los toros como los toreros actuales: toritos genéticamente diseñados a modo y toreritos que se han olvidado de los cánones del toreo en serio, con lo que la fiesta brava ha degenerado en aburrimiento.

De las palabras de Cueli se desprende que el reto significado por el toreo, que es el enfrentamiento de un hombre con una bestia, parecería tener algo de mítico y sagrado que hunde sus raíces en los meros orígenes de la humanidad. Mito y rito se confunden, religiosidad y ceremonia del más claro paganismo se entremezclan en la fiesta brava.

Al final, los entendidos aseguran que en el toreo se desarrolla un fenómeno estético que, como nos mostró Freud, siempre alberga algo en referencia a lo siniestro, a un develamiento de lo que debiera de permanecer en lo oculto, a la posibilidad de dejar salir emociones que habitualmente no se muestran: la inquietante emoción por el peligro, la fascinación casi morbosa por la sangre, la presencia sorda y oculta de la muerte, siempre omnipresente en la corrida de toros. Lucha a muerte como espectáculo para un público que desea ver sangre, no importa de quien de los dos luchadores sea; relicto de remotos y primitivos pasados escenificados una y otra vez en

la lidia; en conclusión, se trata del eterno juego entre la vida y la muerte que, a fin de cuentas, es lo que caracteriza nuestra existencia toda.

El libro **Sol y sombre. Quijote torero** de nuestro querido José Cueli, es un texto en el que se abarcan muy diversos órdenes del saber y de la experiencia, libro multifacético, incluyente y variopinto, en el que el autor parecería decirnos: ¡Ahí les va mi resto! Queremos felicitar a Pepe de nueva cuenta por la más reciente creación de su pluma. Hombre de múltiples aristas -donde se incluye la de psicoanalista-, queremos destacar sobre todo aquellas otras que corresponden a las de un inquieto testigo de nuestra cultura, y que hoy nos deja este texto que nos llena de entusiasmo y gratitud. ¡¡¡¡Felicidades Pepe Cueli!!!!

Juan Vives Rocabert